

VENDIMIÓN HISPÁNICO

PRIMERA PARTE: EL MENDIGO

LIBRO PRIMERO

HISTORIA

I

Podredumbre errante,
Vendimión leproso,
de humor asqueroso
cubierto el semblante,
 las manos con costras,
tendióse, aquel día,
al pie del sendero
de la serranía,
como estercolero
 que humea, en verano.

Al sol le picaban
las llagas sangrientas;
todas le manaban
materias cruentas
 que el suelo bebía.
En la hora de fuego,
llegado su agosto,

el gran Andariego
goteaba el mosto
de todos sus vicios.

Un párpado flojo,
deshecho, pendía
cubriéndole un ojo,
y el rostro le hendía
un trágico guiño;
como en las tabernas,
cuando le avisaban
las floridas piernas,
que taconeaban
sobre el tenderete.

Su manta rayada
de borlas pendientes,
cubrió, desplegada,
sus miembros, hirvientes
de pus, en burbujas.
Del fieltro redondo
plegó el ala abajo;
y alegre, en el fondo,
de estar sin trabajo
ríole á la vida.

La manta, gloriosa
de sus colorines,
sobre aquella fosa

tendía jardines,
flores en estiércol.
Una primavera
salió, en ella, al día;
y listada y fiera,
toda se encendía
como al sol, el iris.

Que había en sus rayas
de todos colores,
oro de las playas,
polen de las flores
ocre de ladrillos;
un verde olivos
cercábala en orlas
y, racimos vivos,
saltaba en sus borlas
la sangre de España.

Ríole á la vida,
bajo ella, el mendigo;
y al verla florida
servirle de abrigo
con tanta opulencia,
un bálsamo tibio
calmó sus ardores,
y aun tuvo, alivio
de tantos dolores,
un gesto de estirpe.

Al pie del sendero,
 en el mediodía,
 como un bandolero
 de la serranía
 que duerme, embozado,
 renovó la hoguera
 de viejos impulsos,
 como si aun tuviera
 bajo de los pulsos
 su alforja, con doblas.

II

Llegaban calientes
 á la serranía
 los gritos rientes
 en el mediodía,
 de unas, que pasaban;
 que alegres pasaban
 bajo los parrales,
 y se derramaban
 por los caminales
 de la huerta verde.

El aire bebía
 los lejanos gritos;
 y los extendía
 y eran infinitos
 en el azul vasto.
 La paz meridiana

se hacía más rica:
 como una campana
 de oro, si la pica
 un mazo de plata.

III

Vendimión soñaba
 desde su escondrijo.
 Un renuevo entraba
 por el amasijo
 de su carne enferma...
 Veía la huerta
 regular, lozana;
 toda ella cubierta
 de hortaliza enana,
 con la cerca de árboles.

Los brazos desnudos
 que un desco atiza,
 tronchan los menudos
 mazos de hortaliza;
 saltan gotas de agua;
 gotas que salpican
 su carne morena
 y le dulcifican
 en frescor serena
 la sangre ardorosa.

IV

Llegaban, traviosos,
 á la serranía
 palabras y besos,
 en el mediodía,
 de unos, que se amaban;
 que, acaso, dejaron
 la aldea callada,
 y se enamoraron
 en la madrugada,
 camino del soto.

En el soto habría
 profundidad verde;
 la traza del día
 por allí se pierde;
 todo el suelo es grama.

El entroncamiento
 de los matorrales
 tiene un movimiento
 de pardisiales
 lugares vetustos.

V

Vendimión soñaba
 desde su escondrijo.
 Un amor le entraba

por el amasijo
 de su carne enferma.
 Las nubes lejanas,
 turgentes, se henchían
 en formas humanas,
 ó languidecían
 en sensualidades.

El párpado muerto
 movió el Andariego;
 del ojo cubierto
 quemándose al fuego,
 las llagas le ardían.
 Iba una yeguada
 por unos trigales
 trotando, acuciada
 de los sementales
 de belfo espumoso.

Crepitaba, encinta
 la tierra, al entorno;
 tenía la tinta
 y el vaho de un horno
 en la hora grandiosa.
 Internas se oían
 unas convulsiones;
 y la recorrían
 unas reptaciones,
 como escalofríos.

Vendimión leproso
se abraza á su manta;
del amor furioso
que le solivianta,
siente el paso agosto.
Horrible y hermoso,
con las sacudidas
y el jadeo ansioso,
todas sus heridas
manan sangre roja.

VI

Despierta : han venido,
mientras que dormía,
á verle, mujeres;
y, sin hacer ruido,
por si las oía,
le espían curiosas.

Son las que pasaban
bajo los parrales
de colgantes uvas
y se derramaban
por los caminales
de la huerta verde.

Vuelven, con el fresco
del atardecido;
los corpiños flojos,

de carmín goyesco
el mentón teñido
y el carrillo suave.

Las unas se paran,
del brazo cogidas;
las otras inquietan;
unas se separan;
y otras, precavidas,
espiondo, agrúpanse.

Vendimión jadea,
cogido á su manta,
calado su fieltro;
y le atenacea
la ansiosa garganta
un férvido monstruo.

Los grupos gloriosos
de alegres mujeres
extático mira;
y unos olorosos
vahos de placeres
refrescan sus poros.

Y siente, en el blando
concurso, un perfume
caliente de flores;
y cómo, pasando,

todo en él lo asume
el hálito de Eros.

Á medias desnudos,
los brazos floridos
le anuncian caricias;
y los tonos crudos
de los desceñidos
corpiños le rinden.

Siente que en sus pulsos
redobla sin treguas
su ritmo la sangre,
como en los convulsos
miembros de las yeguas
que huían, el pánico.

En la paz aquella
de la tarde clara
de la serranía,
la divina estrella
solitaria y rara
del amor apunta.

Y apuntan con ella
los confidentiales
fantasmas de Idilio
que asientan la huella
sobre unos cendales
de niebla, en el río.

VII

Las mujeres hablan.

—Ayer, en la fuente,
creo que le he visto.

— ¡No! — ¡Sí! — ¡Mira!... —

Entablan

una lucha ardiente
por reconocerlo.

— Es mozo; la manta
rayada es de mozo
— dice una, pensando.

— Tendrá buena planta
con este rebozo
de colores vivos.

— Iría al cortijo;
se durmió en la siesta;
debió andar de noche.

— Aguarda, de fijo,
la paz de la puesta,
para andar de nuevo.

— ¡No!; le dió en las sienes
el sol de hoy, tan vivo,
y cayó, privado.

Oirás, si vienes,
este convulsivo
jadeo de enfermo.

— ¡Tú, la de su vera,
descúbrele un poco,
mira no esté herido!...
— ¡Ay, si me atreviera!...
— Yo no voy tampoco.
— ¡Cuitadas! ¡Dejadme!

VIII

La mano morena
toca al revoltijo
tendido en la arena:
Vendimión tiembla desde su escondrijo.

Aparta el embozo
la mano morena
para ver al mozo:
Vendimión mueve la mano y lo enfrena.

La mano morena
el esfuerzo acrece
de codicia llena:
Vendimión cede: el horror aparece.

IX

«Estrellita de mis ojos,
madre de la santa luz,
mira en qué trance me ha puesto:
valía menos que tú...»

¡Oh pecadora, sensual, inefable,
lascivia y miel del nativo cantar!

La mujer cede al hechizo inefable;
Vendimión torna, meloso, á cantar:

«Por mis amores me veo
penando como Jesús;
tú, que deseas mi muerte,
ven á clavarme en la cruz...»

X

...La moza calla y resigue callando,
todo el horror de aquel rostro del mozo
que la dejó, sin querer, palpitando.

Muere el deseo en el fiero destrozo
y es el blancor de la muerta ceniza
de un nuevo fuego que apunta el esbozo.

Llora, en amor, la mujer que agoniza;
surge, en dolor, la inmortal criatura
que óleo en las llagas del hombre desliza.

Se hace la noche, de sombras, oscura;
baja con ella el reposo á las venas;
la sien se baña en la ambiente frescura.

Por las colinas de líneas serenas,
el son del río, que mueve en lo oculto,
se desparrama en blancor de azucenas...

La moza siente, á su vera, en el bulto
del hombre aquel de la voz dolorida,
albear el nimbo sagrado de un culto.

Como el que arranca el puñal de una herida,
y queda abierta, y la sangre manando
es primer blasma en la boca encendida,

así, el deseo del pecho arrancando,
siente la moza el dolor cómo fluye
y se lo va mansamente aquietando.

Y, en devoción que él mismo le influye,
vuelve los ojos á ver al mancebo,
con tanta paz, que se la restituye.

Pisa él la linde de un cercado nuevo,
y ella se adentra, en un lago ferviente
de sangre y fuego, á futuro renuevo.

Un ancestral deliquio inconsciente
le va corriendo por la piel morena,
conmueve toda su carne valiente.

Y aquel horror contempla serena
y no se asusta del cuerpo asqueroso,
forma, para ella, de dulzura llena.

Que está cambiando el sentido en reposo;
y ya, á la luz que le mueve de dentro,
ve, en lo real, clarear lo glorioso.

Mira al mancebo y bendice su encuentro;
y le ha cogido las manos sangrientas;
y él siente un cielo metérsele adentro.

Ella conoce las horas cruentas
de los martirios y las religiosas
flores que cubren las llagas violentas.

Ella conoce las místicas rosas
de los desgarros y de las heridas;
las mira abrirse en sangrías copiosas.

Y aprende á amar las carnes hendidas
y á convertir el horror en dulzura,
con todas las potencias rendidas.

Retiene todo el respiro y procura
cerrar los ojos, durmiéndose, el mozo,
del sueño aquel por morir en la hartura.

... No puede ser duradero aquel gozo...
— ¡Oh, dame pronto la manta rayada!
¡Vuelva á quedar oculto en su embozo!

Que, en estas mieles de esta mirada,
amada, amor, ya endulcé mi agonía
y toda mi alma está consolada.

Tengo tus manos, que más no pedía;
mirándolas, moriré consumido
de esta miseria, que fué carne mía.

Juntas las tengo en mi pecho rendido;
juntas y en cruz, como hombre y cristiano;
ni sepultura, al morirme, te pido.

Viático sólo me sea tu mano;
confesión, este mi amor que no espera;
y comunión, tu mirar soberano. —

Cogen las vivas sus manos de cera;
las ponen sobre su pecho anhelante;
su corazón tiene un bote de fiera.

Dice ella :

— Calla; has hablado bastante.
Te volverás á envolver en tu manta,
y aguardarás que yo torne y te aguante.

No lejos hay una ermita : la santa
mujer que cuida del Cristo devoto
me ayudará en la tarea. —

Levanta

ambas sus manos, en la ansia del voto,
hacia la moza el mancebo, gritando :
— Aguarda un poco; ya el hilo está roto.

No duraré hasta que vuelvas. Dudando
si has de volver, moriría en infierno...
Ya, aguarda el fin; que me estoy acabando. —

Su voz — no tiene un dejo más tierno
la de un infante — las piedras partía...
La moza entró de la sierra en lo interno.

Era la noche cerrada; no había
luna, en la calma del cielo tremenda;
acá y allá algún olivo crujía,
con un sagrado terror de leyenda.